

Juan Crisóstomo

SOBRE LOS MÁRTIRES

I

Ni siete días han pasado desde que celebramos la fiesta de Pentecostés, y ya nos tiene otra vez ocupados el coro, o mejor diré, el escuadrón y ejército de los mártires, ejército en nada inferior, sino émulo dignísimo de aquel otro ejército de ángeles que vio en sueños

el patriarca Jacob. Porque los mártires y los ángeles sólo en los nombres se diferencian; en las obras, se asemejan e igualan: ¿habitan el cielo los ángeles? también los mártires; ¿aquellos son incorruptibles e inmortales? también lo serán con el tiempo los mártires. Diréis que los ángeles son incorruptibles por naturaleza. Y eso ¿qué importa? Porque aunque los mártires están rodeados de cuerpo, pero es cuerpo incorruptible e inmortal; y no sólo eso, sino que, aun antes de que gocen de la inmortalidad, la muerte de Cristo les hermosea los cuerpos más que la misma inmortalidad. No resplandece ni luce tanto el cielo sembrado y tachonado de estrellas, como lucen y resplandecen los cuerpos de los mártires, embellecidos con la luz y hermosura de sus propias heridas. De manera que precisamente por haber muerto, por eso triunfaron: la muerte misma los corona como a vencedores, recibiendo así antes el premio que la inmortalidad. *Le hiciste un poco menor que los ángeles, de gloria y honor le coronaste* (Sal. 8, 6), dice David hablando del humano linaje; pero aun ese poquito que faltaba, Cristo nos lo concedió con su venida, ajusticiando a la muerte con su muerte.

Pero no es este mi argumento, lo que digo es que aun este mismo mal y flaqueza, la muerte, se nos ha convertido en premio; porque si no fueran mortales, no hubieran muerto; si no hubieran muerto, no hubieran sido mártires; sin muerte no hay corona; sin fin y acabamiento no puede haber martirio; si no hubiera muerte, ¿cómo podría decir San Pablo: *Cada día muero por vuestra gloria que tengo en Cristo Jesús* (1 Cor. 15, 31)? si no hubiera muerte y corrupción, ¿cómo podría decir el mismo: *Me regocijo en mis padecimientos por vosotros, y lleno en mi carne lo que resta de los sufrimientos de Cristo* (Col. 1, 24)? No nos entristezcamos, pues, de haber nacido mortales, antes demos gracias porque por la muerte se nos ha abierto el estadio del martirio; en nuestra misma mortalidad tenemos la prenda del premio, pues nos es ocasión de luchar. ¿No veis la sabiduría de Dios, que del mayor de los males que nos acarreó el demonio, de la fuente y origen de todas nuestras desgracias, de la muerte, en una palabra, sacó nuestra mayor honra y gloria, conduciendo al atleta, por medio de la muerte, al premio y corona del martirio? ¿Luego hemos de dar gracias al demonio por la muerte? De ninguna manera. Que no fue, ni muchos menos, intención suya este bien, sino gracia de la sabiduría de Dios: el demonio introdujo la muerte para perdernos, y una vez introducida en la tierra la muerte, cortar toda esperanza de

salvación; mas Cristo, tomándola en sí, la transformó y por medio de ella nos condujo al cielo.

II

No extrañéis, por consiguiente, que haya llamado coro y ejército a la muchedumbre de los mártires, poniendo a una misma cosa dos hombres contrarios. Coro y ejército son cosas de suyo muy contrarias, pero en los mártires se unifican y confunden. Ved de qué manera: como danzantes corrían alegres a los tormentos, y como guerreros se mostraban en todo varoniles y esforzados, y vencieron a sus enemigos. Considerados en sí mismo y por fuera los hechos, son verdaderamente lucha, guerra y ejércitos de combatientes; pero si miráis a la mente y espíritu de los luchadores, todo es allá danza y convites, y fiestas, y extremado regocijo. ¿Quieres ver cómo los combates de los mártires son más horribles que la guerra? ¿Qué hay en la guerra de horrible? Pónense frente a frente en haz apretado los ejércitos, resplandecen con brillo siniestro sus armas, y cruzan el aire los dardos que, a manera de nube, lo oscurecen con su muchedumbre; la tierra se inunda con arroyos de sangre y se cubre de cadáveres, cayendo los soldados unos sobre otros, como las espigas en tiempo de siega. Vamos a ver ahora la lucha de los mártires. También aquí hay dos escuadrones: mártires y tiranos; pero ¡qué diferencia! Los tiranos están armados, los mártires luchan desnudos; y la victoria la ganan los desnudos, no los armados. ¿Quién no se asombra de que el azotado triunfe del mismo que le azote, el atado de quien le ata, el quemado de quien le quema, el muerto, en fin, de su mismo matador?

¿No ves cuánto más espantosa es esta lucha que aquella? Terrible es, ciertamente, la guerra; pero todo es en ella natural; al contrario el martirio, donde todo supera al curso natural de las cosas, para que entiendas que estas hazañas son propias de la gracia de Dios.

Además, ¿qué cosa más injusta ni más fuera de ley que estos certámenes? Porque en las guerras ármanse los soldados de entrambas partes; mas aquí no es así, sino que el uno está desnudo, el otro armado; en el pugilato, ambos pueden alzar las manos contra el enemigo; mas aquí el uno está atado, el otro descarga con libertad golpes; y arrogándose tiránicamente los verdugos el derecho de herir, y no dejando a los santos mártires sino el de ser heridos, traban lucha con ellos, y ni aun así los vencen; antes, siendo tan desigual el combate,

se retiran derrotados. Es como si uno rompiese a su adversario la punta de la lanza, le arrancase la loriga, y así, desnudo y desarmado, le obligara a luchar consigo, y con todo, venciera y erigiera el trofeo el mismo que se veía maltratado, golpeado y traspasado con innumerables heridas. He aquí lo que pasaba con los mártires: sacábanlos a luchar desnudos, les ataban las manos a la espalda, los golpeaban y desgarraban por todas partes, y al fin quedaban derrotados los verdugos, mientras los mártires, heridos y todo, triunfaban del demonio. Y así como el diamante golpeado no se rinde ni reblandece, antes destruye al hierro que le hiere, así también las almas de los santos mártires, con el ímpetu de tan graves tormentos, no recibieron daño alguno, antes deshaciendo la fuerza de los atormentados, los dejaban, después de la lucha, vergonzosa y ridículamente derrotados, a pesar de sus muchas e intolerables heridas.

Porque atábanlos los verdugos a un tronco y perforaba sus costados abriendo en ellos, por decirlo así, profundos surcos, como quien ara la tierra, no como quien despedaza cuerpos vivos; y era de ver las entrañas descubiertas, los costados abiertos, desgarrado el pecho; y ni aun así cejaban en su furor aquellas fieras sedientas de sangre, sino que, arrancándolos del leño, lo extendían sobre brasas encendidas en una escalera de hierro; ¡qué escenas aquellas más horribles aún que las anteriores! Dos fuente manaban de aquellos cuerpos: una era la sangre que corría, y otra las carnes que se derretían. Mas los Santos, tendidos sobre las brasas, veían lo que se hacía con ellos con el mismo placer que si estuvieran sobre rosas.

III

Y tú, cuando oigas mentar escaleras de hierro, acuérdate de la mística escala que vio el Patriarca Jacob extendida entre la tierra y el cielo; por aquella bajaban los ángeles; por esta suben los mártires, y en ambas estaba apoyado el Señor. Y no hubieran podido los mártires sufrir tales tomentos a no haberse apoyado en ella. Bajan y suben los ángeles por aquella; por esta, como todos sabéis, suben los mártires. ¿Y por qué así? Porque los ángeles son enviados sin cesar para servir a los que han de recibir la herencia de la salud (Heb. 1,14), mientras que los mártires, como atletas y triunfadores, libres ya del combate suben y se presentan a aquel Señor, que presidió la lucha para coronarlos.

Y no oigamos sin más ni más eso que solemos decir de los mártires, que debajo de sus cuerpos desgarrados ponían ardientes brasas; sino que pensemos lo que nos pasa, cuando se apodera de nosotros una fiebre. Parécenos entonces insufrible la vida, quedamos abatidos, nos ponemos desabridos y nos enfadamos como niños, juzgando el ardor de la calentura no menor que el fuego del infierno; mientras que los santos, sintiéndose no acometidos de una fiebre, sino rodeados por todas partes de llamas y viendo saltar sobre sus heridas las chispas de fuego, que les atormentaban más terriblemente que los mordiscos de una fiera, como si fueran de bronce o de diamante y cual si todo esto lo viera en otros y no lo padecieran en sí mismos, se mantuvieron firmes en la confesión de la fe sin hacer nada que desdijese de sus ánimos generosos y varoniles, permaneciendo inmóviles entre todos los tormentos y dando espléndido testimonio de su esfuerzo varonil y del poder de la gracia de Dios.

IV

¿No habéis visto muchas veces al sol en su alborada cómo difunde por doquiera rayos de color de púrpura? Pues tales eran los cuerpos de los santos mártires, cuando como rayos de púrpura les corrían alrededor arroyos de sangre, que hacían resplandecer su cuerpo mucho más que el sol hace resplandecer el cielo. Veían esta sangre los ángeles y se regocijaban, veíanla los demonios y se horrorizaban, y aun su mismo príncipe Lucifer se estremecía. Porque no era sangre común y ordinaria la que veían, sino sangre salvadora, sangre santa, sangre merecedora de cielo, sangre que riega continuamente el plantel de la Iglesia. Vio el demonio esta sangre y se estremeció. ¿Por qué? Porque se acordó de aquella otra sangre, la sangre del Señor; por aquella sangre corrió esta. Porque desde que fue abierto el costado del Señor, se ven también heridos innumerables costados. Porque, ¿quién no había de desnudarse como buen atleta y aprestarse alegre al combate, si con él se hacía particionero de los padecimientos del Señor, y se conformaban con la muerte de Cristo? Suficientísima es esta recompensa, mayor es la honra que los trabajos, supera el premio a los combates, aun antes de obtener el reino de los cielos.

V

Por consiguiente, nadie se horrorice al oír que alguien ha sido mártir; horrorícese más bien al oír que alguno se ha rendido cobarde-

mente, a pesar de proponérsele tan excelentes premios. ¿Queréis saber qué premios esperaban a los que combaten? Son inefables. Porque *ni ojo vio, ni oído oyó, ni cae en el corazón del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman* (1 Cor. 2, 9); y nadie le ama tanto como el mártir. Mas no porque la grandeza de los bienes prometidos exceda a cuanto se puede decir ni pensar, he de callar ahora; antes me esforzaré por haceros ver, aunque oscuramente, la felicidad que allí han de tener; porque con claridad sólo la pueden saber los mismos que la experimentan y gozan. En efecto; estos dolores tan espantosos e intolerables, las pasan los mártires en un momento; una vez pasados, suben al cielo, precedidos de los ángeles y escoltados de los arcángeles, que no se avergüenzan de obsequiar a sus consiervos, antes están dispuestos a hacer cualquiera cosa por ellos, como ellos a su vez todo lo padecieron por su común Señor Jesucristo. Llegados que son al cielo, les sale a recibir el coro de las potestades. Porque, si cuando llegan a una ciudad atletas extranjeros, el pueblo en masa afluye de todas partes, y rodeándolos se fija curiosamente en la proporción y bizarría de sus miembros, ¿con cuánta más razón, al entrar en el cielo los atletas de la virtud, acudirán los ángeles y las potestades, y rodeándolos por todas partes se fijarán en sus heridas, los saludarán alegremente, y los abrazarán como a príncipes que vuelven de la guerra y del combate cargados de trofeos y victorias? Después, acompañados de numerosa comitiva los lleva a la presencia del Rey de los cielos, a aquel trono lleno de inmensa majestad, ante el cual asisten, a un lado, los querubines, y a otro lado, los serafines. Llegados allí, adoran al que está sentado en el trono, recibiendo del Señor mayores muestras de amor que de los consiervos. Porque no los recibe como a siervos (honor ya de suyo grandísimo y tal que apenas puede concebirse otro igual) sino que los recibe y trata como a amigos suyos: *Vosotros, dice, sois mis amigos*; y con mucha razón; pues el dijo otra vez que *nadie tiene mayor caridad que el que da la vida por los amigos* (Jn. 15, 13). Por consiguiente como mostraron el mayor amor, les da la diestra como a sumamente queridos, y gozan de aquella gloria inefable, y conversan con los coros angélicos, y toman parte en aquellos sus cánticos misteriosos. Porque si estando en los cuerpos, después de la participación de los sagrados misterios, eran admitidos en aquel coro celestial, cantando con los querubines el trisagio (Is. 6, 3), como lo sabéis vosotros los iniciados, mucho más ahora viéndose unidos con los compañeros de su canto, participan con toda confianza de aquellos cánticos de gloria.

VI

¿No es verdad que hasta ahora os horrorizaba el martirio? ¿y que ahora lo deseáis ya con ansia? ¿y que os entristecéis, porque no se os presente ahora mismo ocasión de ser mártires? Pues ejercitémonos para cuando llegue la ocasión de padecerlo. Despreciaron los mártires la vida; desprecia tú los deleites: arrojaron ellos sus cuerpos al fuego; arroja tú las riquezas en las manos de los pobres: pisotearon ellos las brasas encendidas; pisotea tú y extingue la llama de la concupiscencia. ¿Que es cosa pesada? Pero provechosa. No mires tan sólo la molestia presente, sino el provecho y utilidad futura; no el mal que tocas y palpas, sino el bien que esperas; no los padecimientos, sino el premio; no los trabajos, sino la corona; no los sudores, sino la recompensa; no las angustias, sino el galardón; no al fuego que abrasa, sino a Cristo que te ha de coronar. Este sí que es buen medio, y facilísimo camino para la virtud, no ver solos los trabajos, sino ver también los premios, y ni aun los premios por separado, sino unidos con los trabajos. Por consiguiente, cuando vas a dar limosnas, no te pares en el gasto de las riquezas, sino mira también el aumento de la justicia. *Derramó, dio a los pobres; su justicia permanece por los siglos de los siglos* (Sal. 111, 9); no mires el dinero que se disminuye, sino al tesoro que aumenta. ¿Ayunas? no pienses en la debilidad corporal que causa el ayuno, sino en la confianza que engendra la oración. Así hacen los soldados; no se fijan en las heridas, sino en las recompensas; no en la matanza y degüello, sino en la victoria; no en los muertos que caen, sino en los príncipes que son coronados. Así hacen también los pilotos, primero ven el puerto que la tempestad, primero las ganancias del comercio que los naufragios, primero los bienes que se siguen de la navegación, que los males que la acompañan. Haz tú lo mismo; piensa contigo, cuán hermoso es que en las altas horas de la noche, cuando todos los hombres, y fieras y ganados descansan y duermen, en medio de aquel profundísimo silencio, sólo tú estés despierto, conversando familiar y confiadamente con Dios nuestro señor. ¿Qué es dulce el sueño? Incomparablemente más dulce es la oración confiada. Mucho podrás hacer si hablas a solas con Dios nuestro Señor sin que nadie ni nada te lo estorbe, teniendo así tiempo oportuno para alcanzar lo que quieres. ¿Dirás que estás muy bien tendido allí y arropado sobre blando lecho, y que tienes pereza para levantarte? Acuérdate de los mártires de hoy; acuérdate que estaban sobre

escalas de hierro, y en un lecho, no blando y mullido, sino formado de brasas encendidas.

VII

Aquí quiero terminar mi discurso, para que llevéis vivo y fresco el recuerdo de esta escala, y de ella os acordéis de noche y de día; porque aunque nos detengan innumerables cadenas, fácilmente podremos quebrantarlas todas y levantarnos a orar, si pensamos continuamente en esta escala. Y no nos contentemos con pintar en nuestro corazón solamente la escala, pintemos también los demás suplicios de los mártires. Y como los que hermosean sus casas las adornan por todas partes con elegantes pinturas, así hemos de hacer nosotros pintando en las paredes de nuestra alma los suplicios de los mártires. Y reparad que si aquella pintura es inútil, estotra es de mucha utilidad; pues además de que se hace sin dinero, sin gastos y aun sin arte, basta y sobra tener buen ánimo y espíritu noble y despierto, y con esto, como con mano maestra, pintaremos en nuestra alma los suplicios de los mártires. Pintémoslos, pues, en nuestra alma tendidos unos sobre sartenes, puestos otros sobre brasas, estos metidos de cabeza en calderas, aquellos arrojados y precipitados al mar, cuáles desgarrados o atormentados en la rueda, cuáles lanzados a los precipicios, quiénes luchando con las fieras, quiénes arrojados a un abismo, y todos y cada uno con el tormento que le acabó la vida, para que hermoseando nuestra casa con tan variada pintura, preparemos digno hospedaje al Rey de los cielos. Porque si el Rey de los cielos ve nuestra alma adornada con semejante pintura, vendrá a ella con el Padre, y hará en ella mansión juntamente con el Espíritu Santo, y será nuestra alma en adelante casa real, y no podrá entrar en ella ningún pensamiento importuno, porque la memoria y recuerdo de los mártires nos cercará por doquiera como bellísima pintura, y nos alumbrará con sus resplandores, y habitará continuamente en nosotros el Dios y Rey de todas las cosas. Y después de haber hospedado de este modo a Cristo en el suelo, podremos, al terminar este destierro, ser hospedados y recibidos en las mansiones eternas. ¡Ojalá todos lo alcancemos por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo.